

La devaluación de la libra esterlina

La rectificación de la paridad entre el dólar y la libra viene a confirmar lo que decía en mi artículo anterior (1). Ese paso es la demostración palmaria del fracaso del artilugio montado en Bretton Woods para mantener los cambios entre las monedas, una especie de sistema de patrón oro sin oro, ideado por el genio de lord Keynes en combinación con el americano Mr. White y los expertos de ambos países anglosajones.

Creyeron tales expertos que el fracaso del patrón oro se debía a la falta o escasez de oro y que, buscando alguna combinación que evitase o economizase su empleo en el saldo de los balances de pagos internacionales, la cosa quedaría resuelta y el sistema por ellos ideado funcionaría bien sin más ni más.

Grave error. El defecto básico del patrón oro no hay que buscarlo en los movimientos del oro; esto al fin y al cabo es un medio automático de equilibrar los balances de pagos y hasta de corregir las causas radicales de este desequilibrio. ¿Se presentaba éste fortuitamente? Pues el exceso de ofertas de giros contra el país deficitario hacía bajar la cotización de su moneda por debajo del *gold point*, con lo cual resultaba conveniente la exportación de oro, y éste se encaminaba hacia los países de balance en superávit. Esta emigración, contrayendo la circulación en los primeros y expandiéndola en los segundos, promovería respectivamente la baja y el alza de los precios, proceso adecuado para que se intensificaran las compras en los países deficitarios y se reprimieran las ventas de los demás, lo que tendía a hacer desaparecer el desequilibrio existente.

La teoría no era falsa en su esencia, aunque no resultase tan inocuos sus resultados como sus propugnadores supusieran. Los países que perdían su oro veían contraerse su circulación, bajar sus precios, agravarse sus dificultades financieras y acentuarse por tales causas la depresión de su economía, que se precipitaba con frecuencia en la crisis, o al menos se sentía herida en su prosperidad por efecto de la restricción monetaria. Los países que ganaban oro encontraban de momento algún alivio en sus dificultades monetarias, siempre presentes en época normal, mas pronto se consideraban obligados a defenderse, mediante medidas proteccionistas, de la invasión de productos extranjeros que, en período de crisis general de ventas, no parecía nada deseable.

El patrón oro contribuyó mucho a crear un mundo lleno de barreras aduaneras. Lo mismo que el comercio con Oriente abrió las fronteras a la invasión de las epidemias asiáticas, el patrón oro constituía el mejor vehículo de los morbos económicos, y los países se veían obligados a precaverse por medio de cordones sanitarios. Si la Gran Bretaña resistió hasta los comienzos de la cuarta década de este siglo a la presión proteccionista, fué porque se conformó con especializarse en su producción industrial, fiando en la falta de competidores en un principio y en su poderío mercantil, marítimo y colonial.

El patrón oro tenía todavía una ventaja sobre el sistema actual de cambios rígidos, y era que, si por desventura venía a agotarse el oro o disminuir tanto su existencia en un país, que hicieran aconsejable derogar la exportación de oro para proteger la circulación interior, como nos ocurrió a los españoles y a otros muchos, se caía *ipso facto* en un régimen de cambio fluctuante que también tenía la virtud de ser un regulador automático de los balances de pagos, sólo que basado en principios distintos. Cuando bajo ese régimen se producía un balance deficitario, la cotización de la moneda de la nación bajaba por el exceso de oferta en el mercado de cambios, y esa baja tenía dos efectos: estimular las exportaciones y reprimir las importaciones. La acción sobre el balance de pagos era mucho más directa y eficaz que la salida de oro, y mucho menos dolorosa para la economía del país, que no se veía sometida a una contracción monetaria, siempre perniciosa para la coyuntura económica. Cuando, por el contrario, se producía un superávit, la nación ~~francesa~~ tenía dos soluciones: dejar subir el cambio por la mayor demanda de su moneda, o importar oro por el saldo favorable.

Este sistema de los cambios variables era más racional, pero no gozaba de favor entre los técnicos, que se dejaban guiar por el prestigio de los países poderosos, a la sazón con patrón oro, y por los teóricos de esos países, que defendían el sistema que ellos conocían, el que se les había enseñado en las aulas y se habían acostumbrado a considerar como el perfecto. La sola idea de que se pudiera comerciar bajo un cambio libre y variable, les asombraba como algo insólito, por una razón semejante que a un inglés de la nueva generación le asombrará dentro de unas cuantas décadas, si el sistema actual de racionamientos, tar-

(1) INFORMACION, 30 abril último.

jetas de aprovisionamiento y puntos, persiste, que se puedan comprar las provisiones en un mercado libre.

Los políticos y economistas ingleses no han sabido ver, con toda su clarividencia en problemas económicos, que el fracaso del patrón oro no ha venido de su técnica que, en teoría y admitida la premisa de equivalencias fijas entre las monedas y entre éstas y el oro, era perfecta. Donde se halla el error radical del patrón oro es precisamente en ese postulado de la invariabilidad de los cambios.

En tanto esos cambios no se hallan influidos por alteraciones muy importantes de las causas que los determinan y tienden a hacerlos fluctuar, especialmente por las variaciones en el valor interno de las monedas, el mecanismo de los movimientos del oro y sus repercusiones sobre la circulación resulta eficaz, siempre que se respeten las leyes monetarias que imponen la contracción o expansión de la circulación al compás de las variaciones del acervo de oro del país. Pero cuando esas reglas no se respetan, porque ha habido que aflojar las rigideces del sistema tradicional, cuando las naciones viven en dificultades económicas, sociales y políticas de toda laya, cuando se entregan a experimentos sociales aventurados, es imposible que los cambios se mantengan estables; tienen que fluctuar al vaivén de las variadas circunstancias, para adaptarse al imperio insobornable de los hechos.

El patrón oro tenía el inconveniente de pretender mantener la invariabilidad de los cambios dentro de los límites muy estrictos de los puntos de oro.

El sistema de Bretton Woods aspira a conservar esa invariabilidad, en circunstancias mucho más difíciles, sin ningún mecanismo automático. Su fracaso es fatal.

El cambio de las monedas es un precio como cualquier otro, y querer mantenerlo invariable es inutilizar su acción reguladora, razón misma de su existencia. Este régimen que ahora vive el mundo, de precios congelados, constituye un experimento que costará caro a la humanidad. En la historia ha fracasado tantas veces como se ensayó. Pero el hombre es el ser que más veces tropieza en la misma piedra; cada cierto número de años necesita descalabrarse contra el mismo obstáculo, recibir de nuevo la lección y aprenderla con sangre, sudor y lágrimas.

¿Ha resuelto Inglaterra con la devaluación el problema que tiene planteado? De momento se suavizarán algunas dificultades que encuentra, a expensas de agravar otras, pero la solución lleva

en el ala el plomo de algunos defectos iniciales y substanciales. Se ha emprendido «in extremis», cuando ya no había otro remedio, y las consecuencias del absurdo de mantener un cambio artificial se habían acumulado ingentemente. Esa baja en escalón del orden de un 30 % ha tenido un carácter sensacionalista muy propicio para provocar reacciones que hagan inútil la medida a la vuelta de algún tiempo. La adaptación de la economía inglesa a esa baja repentina que representa un aumento de coste del 43 % en las materias y servicios comprados en monedas no devaluadas, será mucho más difícil que si la baja hubiese sido gradual y diluida en dos o tres años de cambio fluctuante.

Se ha resuelto el problema, de momento, con un medicamento de urgencia, pero se ha resuelto mal. Lo racional sería reconocer que no se puede mantener un cambio fijo, y dejar fluctuar la libra para que se acomode a las circunstancias, tomando medidas adecuadas para evitar el derrumbamiento de su valor, no por efecto del cambio libre, sino por las causas que van desmoronando el valor interno del signo monetario inglés.

Hágase lo que se quiera, una moneda no vale en el mercado internacional más que el valor que tengan los artículos que se puedan poner en él por una cantidad fija de esa moneda. Si las mercancías que por una libra o cien libras se pueden situar fuera de la frontera valen poco, el valor de esas libras será bajo. Para valorizar la moneda de un país se pueden hacer muchas cosas: Aumentar el rendimiento del trabajo nacional por medios técnicos o por el estímulo del interés y la eficacia de los trabajadores; mejorar el mecanismo comercial de ventas y propaganda. De modo que sin necesidad de bajar los precios, se venda más, perfeccionar ese mecanismo para aminorar los gastos de mediación, abaratar los transportes; rebajar las retribuciones efectivas del trabajo, a fin de reducir los costes, etc., todo menos pretender que haciendo lo contrario de todo esto, siga cotizándose lo mismo su dinero. Esto es dar coces contra el agujón.

Mas todas aquellas cosas que se pueden hacer en teoría, en la práctica son factibles o no; en el supuesto que lo sean, pueden intentarse o no; y, en el caso que se intenten, pueden fracasar; en pocas palabras, son cosas contingentes. El papel del cambio es recoger la realidad, no las posibilidades, evaluarla de una manera objetiva y automática, dando en cada instante un precio que se acomode a la resultante de los incontables factores positivos que cuentan en la cuestión. Eso no lo puede hacer nadie con la exactitud y la agilidad que lo hace un mercado libre, es decir, la acción

conjunta de todos los compradores, vendedores y negociantes, comprando y vendiendo según su conveniencia.

Las cuestiones del comercio internacional no se suavizarán mientras no se comprenda que han de ser libres los cambios, como han de ser libres los precios. Todo lo demás son expedientes transitorios que resuelven una cuestión hoy, para plantearla de nuevo algunos meses o años después.

Cada país ha fijado ahora a voleo un cambio nuevo para sus monedas; esos cambios son más

o menos arbitrarios y resultará cada día más arbitrario el mantenerlos, porque se alejarán más de la realidad. Ahora mismo queda el problema pendiente de fijar una nueva paridad más baja del oro con el dólar, y por consiguiente, con todas las monedas. Esa nueva paridad estaría ya fijada en su punto conveniente, sin trastorno alguno, si los cambios entre las monedas y de éstas con el oro fueran libres. No siéndolo, se seguirá dando tumbo de vez en cuando.

GERMAN BERNACER